

Introducción

Confiamos en Dios que continúen en la paz de sus hogares preservando su salud y las de los suyos. Este mes presentamos otra propuesta de catequesis transversal sobre la época actual que vivimos, que no es de coronavirus, sino de Pascua, de “paso” de la duda a la esperanza en quien confía en que hay un mañana brillante para todo quien confía en Jesús resucitado.

Como indica nuestro querido p. Maza, tenemos un mar de herramientas que los primeros discípulos no disponían para confiar en que Jesús es Dios, en que Jesús resucitó, en que la vida eterna es la verdadera vida y la tenemos garantizada por la fe y las obras.

Sigamos siendo reflejo de Cristo resucitado, sigamos caracterizándonos en ser verdaderos cristianos católicos: Con fe, esperanza, alegría y servicio al prójimo y al necesitado. Animo, hermanos, ánimo!!.

Bendiciones abundantes para Ustedes, sus familias y pequeñas comunidades.

1a Semana. Vivir la Pascua intensamente

Notas de referencia.

Lectura: Catequesis p. Manuel Maza “Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte”

Curiosamente, la mayoría de los cristianos valoramos más los 40 días de cuaresma que los 50 días de Pascua. Quizás sea por la riqueza de signos de la cuaresma (miércoles de ceniza, invitación a ayuno y penitencia, ayuno de carnes los viernes, vía crucis, y ni hablar del tan anhelado feriado de Semana Santa). Lo cierto es que por lo general no vivimos con la esperanza del resucitado la Pascua. Pentecostés muchas veces nos agarra por sorpresa

El p. Maza, en su agradable forma pedagógica, nos presenta pautas para adentrarnos en el sentido de la resurrección, el significado de la resurrección de Jesús, y lo privilegiado que debemos sentirnos de disponer toda la información con que contamos, los testimonios de los discípulos que fueron testigos de la resurrección y dejaron testimonio escrito de ello, y la rica historia de nuestra iglesia católica que confirma que Jesús es Dios, que Jesús glorificado vive y está a la derecha de Dios Padre.

Vivamos con intensidad la Pascua que nos llena de esperanza en Jesús resucitado, en esperanza de vida eterna, en esperanza de que como hijos de Dios liberados del pecado nos espera la tierra prometida en la vida eterna. Vivamos con alegría y gozo esta época y recibamos en familia la unción del Espíritu Santo en la vigilia de Pentecostés que celebraremos como parroquia el sábado 30 de mayo

Preguntas de Reflexión:

1. ¿Cuál es la importancia de la resurrección?
2. ¿Dónde encontramos a Jesús y dónde nos encuentra hoy en día? Él les decía a los discípulos: -- vayan a Galilea, allí me verán--. ¿Cuál es nuestra Galilea? (*Enviados y enviadas por Jesús bajo la fuerza del Espíritu, lo encontramos en la misión, en “el envío”*)

2ª Semana. Notas adicionales sobre La Esperanza Cristiana

Notas de referencia.

Lecturas: Audiencia General del Papa Francisco 28 de diciembre, 2016 (y Gen 15 – 21, Mc 4, 35-41)

Para esta semana proponemos analizar en contraste la fe y esperanza de los discípulos en el episodio de la tempestad en la barca que comentamos el mes pasado (Mc 4, 35-41) con los episodios de la historia de Abraham relatada en Gen 15 – 21. Mientras los discípulos increpan a Jesús “No te importa que falezcamos?”, Abraham le responde a Dios “Que me quieres dar?” (Gen 15, 2). Mientras los discípulos se creen merecedores de la calma, Abraham, con toda su riqueza y fama luego de la victoria en la ciudad de Dan (Gen 14, 4) se complace en lo que el Señor quiera concederle.

Abraham no pide la inmediatez de una acción instantánea, como los discípulos exigían casi al solicitar a Jesús que calmara la tempestad. Dios le presenta a Abraham el cielo y las estrellas, ejemplo maravilloso de la creación que Dios pone a disposición del Hombre, y Abraham cree y mantiene la esperanza en lo que parece imposible (Gen 15, 6). El tiempo no parece ser un tema que afecte la fe de Abraham, porque Dios lo ha llenado de esperanza.

Y Dios se manifiesta dando a Abraham no uno, sino dos descendientes (Ismael e Isaac). Resaltamos que Dios perfecciona en 15 años su promesa de dar un heredero a Abraham (Abraham tiene 86 años cuando nace Ismael, y 100 años cuando nace Isaac).

A partir de Principio y Fundamento de S. Ignacio, podemos pensar que quizás la contemplación de la creación que realiza Abraham le ayuda en alabar y hacer reverencia a Dios, lo cual incluye, sin dudas, la confianza en que Dios, a su tiempo, nos revelará su plan al bien mayor de cada una de sus creaturas. Abraham no desfallece, siempre mantiene el ánimo y la esperanza cifrada en Dios.

Preguntas de Reflexión:

1. ¿En algún momento de tu vida has puesto en práctica la oración de reclamo a dios que plantea el Papa Francisco? ¿ En que se asemeja a la de los discípulos de la barca? ¿En que se parece a la de Abraham? puedes poner un ejemplo.

(A veces yo escucho, cuando confieso: «Me he lamentado con el Señor...», y [yo respondo]: «¡No! laméntate, ¡Él es Padre!». Y este es un modo de rezar: laméntate con el Señor, eso es bueno).

2. ¿En estos momentos te sientes con la confianza en la providencia de Dios?

(Entonces Abraham, en la fe, se dirige a Dios para que le ayude a seguir esperando. Es curioso, no pidió un hijo. Pidió: «Ayúdame a seguir esperando»

La fe no es sólo silencio que todo acepta sin replicar, la esperanza no es la certeza que te pone a salvo ante la duda y la perplejidad. Pero muchas veces, la esperanza es oscuridad; pero ahí está la esperanza... que te lleva adelante. Fe es también luchar con Dios, mostrarle nuestra amargura, sin «pías» ficciones. “Me he enfadado con Dios y le he dicho esto, esto, esto...” Pero Él es Padre, Él te ha entendido: ¡ve en paz!. ¡Hay que tener valor! Y esto es la esperanza. Y la esperanza es también no tener miedo de ver la realidad por lo que es y aceptar las contradicciones)

3a Semana. Jesús resucitado nos envía

Notas de referencia.

Lectura: Homilía del Papa Francisco en la vigilia pascual 2020 (y Mt 28, 1-20)

Jesús resucitado es esperanza, pero también es compromiso. Al resucitar, Jesús instruye a sus discípulos a que vayan a Galilea para su encuentro con Jesús glorificado, a ese encuentro que les daría ánimo y esperanza. Y es que Galilea fue el lugar, a pesar de la distancia física de Jerusalén, donde todo comenzó, donde los discípulos recibieron el primer llamado, donde estaban los recuerdos, donde estaban las familias de cada uno

Jesús, sin embargo, realiza un envío activo. No solo de ir a Galilea a esperar, sino que hace del encuentro con los discípulos otro envío: Un envío a hacer discípulos, a llevar el Evangelio, a llevar esperanza, a contagiar el ánimo que produce sentir a Jesús resucitado que vive en mí. Jesús envía a los discípulos a “dar”. Muy posiblemente los discípulos “recibían” más ánimo y esperanza del Señor en la medida que más daban de esa esperanza y ánimo a los pueblos que visitaban luego del envío

Preguntas de Reflexión:

- 1 Otra de las características de la Galilea de la época de Jesús es que era tierra de no creyentes, de gentiles. Nosotros también vivimos en pequeñas Galileas, no todos nuestros familiares creen en Jesús, no todos nuestros vecinos profesan nuestra fe ¿En estos momentos de incertidumbre y dificultad, te has dispuesto a llevar un mensaje de ánimo y esperanza a los más cercanos de “tu Galilea”?
- 2 El Papa Francisco en su homilía nos presenta una preciosa frase “Que se abra el corazón del que tiene, para llenar las manos vacías del que carece”. A la fecha, en nuestro país más de 1 millón de empleados han sido suspendidos por el cierre de negocios ¿Cuál ha sido tu actitud hacia compartir de lo mucho o poco que tienes con los más necesitados, con los cercanos a ti de quien sabes han perdido su empleo o han sido suspendidos?
- 3 Concluamos nuestro encuentro recitando en comunidad esta preciosa oración que nos presenta el Papa Francisco en su homilía de vigilia pascual 2020:

“Ven, Jesús, en medio de mis miedos, y dime también: Ánimo”. Contigo, Señor, seremos probados, pero no turbados. Y, a pesar de la tristeza que podamos albergar, sentiremos que debemos esperar, porque contigo la cruz florece en resurrección, porque Tú estás con nosotros en la oscuridad de nuestras noches, eres certeza en nuestras incertidumbres, Palabra en nuestros silencios, y nada podrá nunca robarnos el amor que nos tienes”.

Dios lo resucitó, rompiendo las ataduras de la muerte

p. Manuel Pablo Maza Miquel, S.J.

Pascua olvidada, pero ¡Cristo es nuestra Pascua! (1 Corintios 5. 7)

Cualquiera pensaría que los cristianos valoramos más los cuarenta días de cuaresma que los cincuenta días para celebrar la Pascua. ¿Por qué nos sucede esto? No acabamos de adentrarnos en el sentido de la resurrección. Veamos tres puntos.

En primer lugar, ¿con qué derecho se habría podido creer (en esa época) en Jesús de Nazaret, descalificado por la cúpula religiosa de Israel, condenado a una muerte ignominiosa por blasfemo y agitador?

En su experiencia de Jesús resucitado, los primeros discípulos captaron que Dios tomaba partido a favor de Jesús, rehabilitando su causa y su persona, “...entérese bien todo Israel de que Dios ha constituido Señor y Mesías al mismo Jesús a quien ustedes crucificaron” (Hechos 2, 36).

Segundo, la vivencia de la resurrección proveyó a la primera comunidad con la clave de interpretación de las Escrituras. Los Evangelios nos presentan muchas veces a Jesús haciendo tal o cual cosa para que se cumpliesen las Escrituras. Ellas van iluminando la vida de Jesús, pero nunca olvidemos que Jesús es La Palabra de Dios, Jesús resucitado es el único y verdadero intérprete de todas las Escrituras. ¡Los que condenaron a Jesús y lo llevaron a la muerte conocían y citaban las Escrituras mejor que los discípulos de Jesús!

Todo cristiano está llamado a revivir la experiencia de los discípulos de Emaús a quienes Jesús aclara el sentido profundo de las Escrituras: “...comenzando por Moisés y siguiendo por los Profetas, les explicó lo que se refería a él en toda la Escritura” (Lucas 24, 27).

Tercero, desde la resurrección de Jesús, el crucificado, la primera comunidad empezaría a comprender algo que nunca comprenderemos plenamente, ni los cristianos, ni la humanidad: que el Mesías tenía que padecer.

Es decir, todo el que luche por la justicia y la verdad será víctima de los poderes dueños de toda situación humana donde se muevan intereses, desde el presupuesto nacional hasta del inmigrante más pobre e indefenso.

Quien acepta que hay un Dios, acepta que es más fuerte que la muerte, pero no necesariamente aceptará que el Mesías sea crucificado.

La resurrección es la confirmación del Padre del camino y de la persona de Jesús crucificado. Esto nos escandaliza y nos queda tan grande que sólo lo captamos gracias al Espíritu.

Sin la resurrección, los cristianos somos los tontos que compraron un billete entero pelado. Si Jesús ha resucitado, ¡hemos apostado al mismo número de Dios! Comentar 1ª Corintios 15, 1 – 58).

¿Qué significa la resurrección?

1. Es la realización del reino anunciado por Jesús. Esta realización es distinta de la imaginada por Jesús, pero confirma su anuncio, su pretensión y su vida de una manera plena.
2. Es el sí irrevocable de Dios (2da Corintios 1,). Queda eliminada la ambigüedad sobre la vida de Jesús, no fue ni blasfemo ni subversivo.
3. En la resurrección se realizan las promesas, ya Dios ha cumplido su palabra, aunque todavía no se realiza plenamente en nosotros.
4. Por la resurrección, la causa de Jesús ha pasado a ser irrevocablemente el propio Jesús.

La resurrección revela a Jesús como “Señor [*divino*] y Cristo” [*en él se cumplen todas las promesas y la historia de salvación llega a su plenitud*] (Hechos 2, 36).

...

A la hora de creer y de orar, nosotros estamos delante del mismo Cristo resucitado que Pedro y Juan. A la hora de creer y orar al Cristo resucitado, ¡los apóstoles no nos llevan ventaja! En cierto sentido, según el mismo Jesús resucitado, nosotros somos más dichosos, porque creemos sin haber visto (Juan 20, 29) y podemos apoyarnos en su testimonio de los apóstoles, los testigos que Jesús mismo se escogió para testimoniar sobre su resurrección (Hechos 5, 32). Nosotros podemos leer en una sola colección todo el Antiguo Testamento, las Escrituras, cuya clave es Jesús resucitado. Él es quien aclara las Escrituras (Lucas 24, 45 – 46), pues Él es La Palabra (Juan 1, 1) que aclara todas las palabras.

Pedro, Juan y los demás apóstoles no tenían los libros del Nuevo Testamento que nos adentran en el testimonio, las celebraciones y la fe de las primeras comunidades donde el resucitado desplegó su fuerza.

Abraham, padre en la fe y en la esperanza

Audiencia general Papa Francisco · 28 de diciembre de 2016

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

San Pablo, en la Carta a los Romanos, nos recuerda la gran figura de Abraham, para indicarnos la vía de la fe y de la esperanza. De él el apóstol escribe: «creyó y fue hecho padre de muchas naciones» (Rm 4, 18). «Firme en la esperanza contra toda esperanza». Este concepto es fuerte: incluso cuando no hay esperanza, yo espero. No hay esperanza, pero yo espero. Es así nuestro padre Abraham. San Pablo se está refiriendo a la fe con la cual Abraham creyó en la palabra de Dios que le prometía un hijo. Pero de verdad era confiar esperando «contra toda esperanza», era tan imposible lo que el Señor le estaba anunciando, porque él era anciano —tenía casi cien años— y su mujer era estéril. ¡No lo había conseguido! Pero lo dijo Dios, y él creyó. No había esperanza humana porque él era anciano y su mujer estéril: y él creyó.

Confiando en esta promesa, Abraham se pone en camino, acepta dejar su tierra y convertirse en extranjero, esperando en este «imposible» hijo que Dios habría de donarles no obstante el vientre de Sara fuese ya como muerto. Abraham cree, su fe se abre a una esperanza en apariencia irracional; esa es la capacidad de ir más allá de los razonamientos humanos, de la sabiduría y de la prudencia del mundo, más allá de lo que normalmente es considerado de sentido común, para creer en lo imposible. La esperanza abre nuevos horizontes, hace capaz de soñar aquello que ni siquiera es imaginable. La esperanza hace entrar en la oscuridad de un futuro incierto para caminar en la luz. Es bonita la virtud de la esperanza; nos da tanta fuerza para caminar en la vida.

Pero es un camino difícil. Y llegó el momento, también para Abraham, de la crisis del desaliento. Se fió, dejó su casa, su tierra y sus amigos... Todo. Se fue, llegó al país que Dios le había indicado, el tiempo pasó. En aquel tiempo hacer un viaje así no era como hoy, con los aviones —en pocas horas se hace—; hacían falta meses, ¡años! El tiempo ha pasado, pero el hijo no llega, el vientre de Sara permanece cerrado en su esterilidad.

Y Abrahán, no digo que perdiera la paciencia, pero se lamenta con el Señor. Esto también lo aprendemos de nuestro padre Abraham: quejarse con el Señor es un modo de rezar. A veces yo escucho, cuando confieso: «Me he lamentado con el Señor...», y [yo respondo]: «¡No! laméntate, ¡Él es Padre!». Y este es un modo de rezar: laméntate con el Señor, eso es bueno. Abraham se lamenta con el Señor diciendo: «mi Señor Yahveh [...] me voy sin hijos, y el heredero de mi casa es Eliezer de Damasco (Eliezer era quien llevaba todas las cosas)». Dijo

Abraham: “He aquí que no me has dado descendencia, y un criado de mi casa me va a heredar”. Mas he aquí que la palabra de Yahveh le dijo: “No te heredaré ese, sino que te heredaré uno que saldrá de tus entrañas”. Y sacándole afuera le dijo: “Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, si puedes contarlas”. Y le dijo: “Así será tu descendencia”. Y creyó él en Yahveh, el cual se lo reputó por justicia» (Gen 15, 2-6).

La escena se desarrolla de noche, está oscuro afuera, pero también en el corazón de Abraham está la oscuridad de la desilusión, del desánimo, de la dificultad para continuar a esperar en algo imposible. A estas alturas el patriarca tiene una edad muy avanzada, parece que no haya más tiempo para un hijo, y será un siervo el que pasará a heredar todo.

Abrahán se está dirigiendo al Señor, pero Dios, aunque está ahí presente y habla con él, es como si se hubiera alejado, como si no hubiese cumplido su palabra. Abraham se siente solo, está viejo y cansado, la muerte acecha. ¿Cómo continuar confiando?

Y además, ya es una forma de fe este lamentarse suyo, es una oración. No obstante todo, Abraham continúa creyendo en Dios y esperando en que algo pueda ocurrir todavía. De no ser así, ¿para qué interpelar al Señor, lamentarse con Él, reclamar sus promesas? La fe no es sólo silencio que todo acepta sin replicar, la esperanza no es la certeza que te pone a salvo ante la duda y la perplejidad. Pero muchas veces, la esperanza es oscuridad; pero ahí está la esperanza... que te lleva adelante. Fe es también luchar con Dios, mostrarle nuestra amargura, sin «pías» ficciones. “Me he enfadado con Dios y le he dicho esto, esto, esto,...” Pero Él es Padre, Él te ha entendido: ¡ve en paz! ¡Hay que tener valor! Y esto es la esperanza. Y la esperanza es también no tener miedo de ver la realidad por lo que es y aceptar las contradicciones.

Entonces Abraham, en la fe, se dirige a Dios para que le ayude a seguir esperando. Es curioso, no pidió un hijo. Pidió: «Ayúdame a seguir esperando», la oración de tener esperanza. Y el Señor responde insistiendo con su inverosímil promesa: no será un siervo el heredero, sino un hijo propio, nacido de Abrahán, generado por él. Nada ha cambiado, por parte de Dios. Él sigue afirmando lo que ya había dicho, y no ofrece apoyos a Abraham, para sentirse tranquilizado. Su única seguridad es confiar en la palabra del Señor y seguir esperando.

Y aquel signo que Dios dona a Abraham es la petición de seguir creyendo y esperando: «Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas [...] Así será tu descendencia» (Gen 15, 5). Es todavía una promesa, es todavía algo de esperar respecto al futuro. Dios saca afuera de la carpa a Abraham, en realidad de sus visiones restringidas, y le muestra las estrellas. Para creer, es necesario saber ver con los ojos de la fe; son solo estrellas, que todos podemos ver, pero para Abrahán deben convertirse en el signo de la fidelidad de Dios.

Es esta la fe, este el camino de la esperanza que cada uno de nosotros debe recorrer. Si también a nosotros nos queda como única posibilidad la de mirar a las estrellas, entonces es tiempo de confiar en Dios. No hay cosa más bonita. La esperanza no defrauda. Gracias.

Homilía completa del Papa Francisco durante la vigilia pascual 2020

«Pasado el sábado» (Mt 28,1) las mujeres fueron al sepulcro. Así comenzaba el evangelio de esta Vigilia santa, con el sábado. Es el día del Triduo pascual que más descuidamos, ansiosos por pasar de la cruz del viernes al aleluya del domingo. Sin embargo, este año percibimos más que nunca el sábado santo, el día del gran silencio. Nos vemos reflejados en los sentimientos de las mujeres durante aquel día. Como nosotros, tenían en los ojos el drama del sufrimiento, de una tragedia inesperada que se les vino encima demasiado rápido. Vieron la muerte y tenían la muerte en el corazón. Al dolor se unía el miedo, ¿tendrían también ellas el mismo fin que el Maestro? Y después, la inquietud por el futuro, quedaba todo por reconstruir. La memoria herida, la esperanza sofocada. Para ellas, como para nosotros, era la hora más oscura.

Pero en esta situación las mujeres no se quedaron paralizadas, no cedieron a las fuerzas oscuras de la lamentación y del remordimiento, no se encerraron en el pesimismo, no huyeron de la realidad. Realizaron algo sencillo y extraordinario: prepararon en sus casas los perfumes para el cuerpo de Jesús (Mc 16, 1). No renunciaron al amor: la misericordia iluminó la oscuridad del corazón. La Virgen, en el sábado, día que le sería dedicado, rezaba y esperaba. En el desafío del dolor, confiaba en el Señor. Sin saberlo, esas mujeres preparaban en la oscuridad de aquel sábado el amanecer del «primer día de la semana», día que cambiaría la historia. Jesús, como semilla en la tierra, estaba por hacer germinar en el mundo una vida nueva; y las mujeres, con la oración y el amor, ayudaban a que floreciera la esperanza. Cuántas personas, en los días tristes que vivimos, han hecho y hacen como aquellas mujeres: esparcen semillas de esperanza. Con pequeños gestos de atención, de afecto, de oración.

Al amanecer, las mujeres fueron al sepulcro. Allí, el ángel les dijo: «Vosotras, no temáis [...]. No está aquí: ¡ha resucitado!» (Mt 28, 5-6). Ante una tumba escucharon palabras de vida... Y después encontraron a Jesús, el autor de la esperanza, que confirmó el anuncio y les dijo: «No temáis» (v. 10). No temáis, no tengáis miedo: He aquí el anuncio de la esperanza. Que es también para nosotros, hoy. Son las palabras que Dios nos repite en la noche que estamos atravesando.

En esta noche conquistamos un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza; es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. No es un mero optimismo, no es una palmadita en la espalda o unas palabras de ánimo de circunstancia. Es un don del Cielo, que no podíamos alcanzar por nosotros mismos: Todo irá bien, decimos constantemente estas semanas, aferrándonos a la belleza de nuestra humanidad y haciendo salir del corazón palabras de ánimo. Pero, con el pasar de los días y el crecer de los temores, hasta la esperanza

más intrépida puede evaporarse. La esperanza de Jesús es distinta, infunde en el corazón la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida.

El sepulcro es el lugar donde quien entra no sale. Pero Jesús salió por nosotros, resucitó por nosotros, para llevar vida donde había muerte, para comenzar una nueva historia que había sido clausurada, tapándola con una piedra. Él, que quitó la roca de la entrada de la tumba, puede remover las piedras que sellan el corazón. Por eso, no cedamos a la resignación, no depositemos la esperanza bajo una piedra. Podemos y debemos esperar, porque Dios es fiel, no nos ha dejado solos, nos ha visitado y ha venido en cada situación: en el dolor, en la angustia y en la muerte. Su luz iluminó la oscuridad del sepulcro, y hoy quiere llegar a los rincones más oscuros de la vida. Hermana, hermano, aunque en el corazón hayas sepultado la esperanza, no te rindas: Dios es más grande. La oscuridad y la muerte no tienen la última palabra. Ánimo, con Dios nada está perdido.

Ánimo: es una palabra que, en el Evangelio, está siempre en labios de Jesús. Una sola vez la pronuncian otros, para decir a un necesitado: «Ánimo, levántate, que [Jesús] te llama» (Mc 10,49). Es Él, el Resucitado, el que nos levanta a nosotros que estamos necesitados. Si en el camino eres débil y frágil, si caes, no temas, Dios te tiende la mano y te dice: «Ánimo». Pero tú podrías decir, como don Abundio: «El valor no se lo puede otorgar uno mismo» (A. MANZONI, Los Novios (I Promessi Sposi), XXV). No te lo puedes dar, pero lo puedes recibir como don. Basta abrir el corazón en la oración, basta levantar un poco esa piedra puesta en la entrada de tu corazón para dejar entrar la luz de Jesús. Basta invitarlo: “Ven, Jesús, en medio de mis miedos, y dime también: Ánimo”. Contigo, Señor, seremos probados, pero no turbados. Y, a pesar de la tristeza que podamos albergar, sentiremos que debemos esperar, porque contigo la cruz florece en resurrección, porque Tú estás con nosotros en la oscuridad de nuestras noches, eres certeza en nuestras incertidumbres, Palabra en nuestros silencios, y nada podrá nunca robarnos el amor que nos tienes.

Este es el anuncio pascual; un anuncio de esperanza que tiene una segunda parte: el envío. «Id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea» (Mt 28,10), dice Jesús. «Va por delante de vosotros a Galilea» (v. 7), dice el ángel. El Señor nos precede. Es hermoso saber que camina delante de nosotros, que visitó nuestra vida y nuestra muerte para precedernos en Galilea; es decir, el lugar que para Él y para sus discípulos evocaba la vida cotidiana, la familia, el trabajo. Jesús desea que llevemos la esperanza allí, a la vida de cada día. Pero para los discípulos, Galilea era también el lugar de los recuerdos, sobre todo de la primera llamada. Volver a Galilea es acordarnos de que hemos sido amados y llamados por Dios. Necesitamos retomar el camino, recordando que nacemos y renacemos de una llamada de amor gratuita. Este es el punto de partida siempre, sobre todo en las crisis y en los tiempos de prueba.

Pero hay más. Galilea era la región más alejada de Jerusalén, el lugar donde se encontraban en ese momento. Y no sólo geográficamente: Galilea era el sitio más distante de la sacralidad de la Ciudad santa. Era una zona poblada por gentes distintas que practicaban varios cultos, era la «Galilea de los gentiles» (Mt 4,15). Jesús los envió allí, les pidió que comenzaran de nuevo desde allí. ¿Qué nos dice esto? Que el anuncio de la esperanza no se tiene que confinar en nuestros recintos sagrados, sino que hay que llevarlo a todos. Porque todos necesitan ser reconfortados y, si no lo hacemos nosotros, que hemos palpado con nuestras manos «el Verbo de la vida» (1 Jn 1,1), ¿quién lo hará? Qué hermoso es ser cristianos que consuelan, que llevan las cargas de los demás, que animan, que son mensajeros de vida en tiempos de muerte. Llevemos el canto de la vida a cada Galilea, a cada región de esa humanidad a la que pertenecemos y que nos pertenece, porque todos somos hermanos y hermanas. Acallemos los gritos de muerte, que terminen las guerras. Que se acabe la producción y el comercio de armas, porque necesitamos pan y no fusiles. Que cesen los abortos, que matan la vida inocente. Que se abra el corazón del que tiene, para llenar las manos vacías del que carece de lo necesario.

Al final, las mujeres «abrazaron los pies» de Jesús (Mt 28,9), aquellos pies que habían hecho un largo camino para venir a nuestro encuentro, incluso entrando y saliendo del sepulcro. Abrazaron los pies que pisaron la muerte y abrieron el camino de la esperanza. Nosotros, peregrinos en busca de esperanza, hoy nos aferramos a Ti, Jesús Resucitado. Le damos la espalda a la muerte y te abrimos el corazón a Ti, que eres la Vida.